

su influjo y su poder con ciertas confianzas al oído y ciertos dichitos que corrían de boca en boca como cuando ocurrió la expedición de Moscú, en que dijo Talleyrand que *aquel era el principio del fin*. No era capaz la policía brutal de Savary, que había sucedido á Fouché, de contener aquella oposición tan fina como inteligente, y gozaba de la impunidad por más que se emplease directamente contra el emperador. Porque se equivocan mucho los que creen que cuando Napoleón estaba en el apogeo de su grandeza era dueño de vidas y haciendas; al contrario, pocos hombres se han visto en el trono más precisados á considerar los grandes personajes que le servían. Ni uno de ellos se hubiera tenido por seguro desde el momento en que él hubiera osado una violencia contra Mr. de Talleyrand.

Ya á principios de 1815 se había puesto este en relación con Luis XVIII por medio de su tío el cardenal de Périgord, que era su capellán mayor y fue facilísimo dar esperanzas eventuales para cuando las circunstancias permitiesen pensar en una restauración; pero todo esto secretamente y por medio de simples confidencias porque todavía no estaba en el ánimo de nadie la idea de aquella gran mudanza. Entre tanto, formaba parte del consejo nombrado por el emperador para ayudar con sus consejos á la emperatriz María Luisa que había quedado de regenta del imperio, y se manifestaba el más celoso servidor del emperador; pero sin perjuicio de recibir ya frecuentes cartas de Luis XVIII, que le prometía conservar su brillante situación y aun añadía la promesa de la dirección del gobierno. Las desgracias de la guerra habían disminuido notablemente el prestigio de Napoleón y la regencia misma hacía ya toda especie de suposiciones, por que en efecto era posible todo. Habían fijado los plenipotenciarios de las potencias un congreso en Chatillon, más bien por pura forma, que porque en él hubiesen de tratarse las cuestiones de los límites de Francia conservando á Napoleón el trono. Mr. de Colincourt dió parte á Talleyrand del proyecto que estaba encargado de presentar

en él; pero este despachó un agente misterioso, que fue Mr. de Vitrolles, al cuartel general del emperador Alejandro, para que le espusiese el estado de la capital, la necesidad de acabar de una vez con el emperador y la conveniencia de una restauración de la antigua dinastía, como única solución posible de aquella crisis. Desempeñó Mr. de Vitrolles aquella peligrosa comisión y entregó al emperador de Rusia las cartas en cifra que le había dado Mr. de Talleyrand. Recibió Alejandro aquella idea con bastante frialdad porque ignoraba las consecuencias políticas que pudiese abrazar una resolución semejante; y entonces tuvo Talleyrand que desarrollar en una larga memoria la correlación de las dos ideas del antiguo territorio y la antigua dinastía, conformes con las que había espuesto en Chatillon el lord Castlereag. Iba entre tanto aumentándose prodigiosamente el número de los descontentos en París y ya se estaban concertando para dar un golpe y acabar con el imperio, cuando llegó la orden de Napoleón para que la regencia se retirase á Blois. Dióse gran prisa Talleyrand á declarar que seguiría á la regencia en aquel viage, porque tenía necesidad de inspirar seguridades al partido imperialista y por aquel espíritu de intriga que estaba en su carácter. Pero el príncipe de Schwartzenberg tenía apostado espresamente un destacamento de caballería que detuvo el coche de Mr. de Talleyrand desde la primera posta del camino de París á Blois y le obligó á retroceder. Preciso de este modo á volver á París, se encontró naturalmente siendo centro del movimiento que se preparaba contra el emperador. Abrió su tertulia á los descontentos y esparció la idea de una deposición que agradó mucho á los republicanos, por que parece que solo se acordaron entonces de que Napoleón había violado la constitución. En el senado mismo fue donde principió la gran intriga de Mr. de Talleyrand valiéndose de la sencillez y de las repugnancias instintivas del partido patriota, compuesto de Gregoire, Lambrechts y Lanjuinais, á quienes aseguró que todo tomaría las antiguas formas constitucionales, la soberanía del pueblo



y demas sueños de la república. Esto bastó para que el tal partido tomase la iniciativa para pedir la deposicion del emperador, enumerando todos los cargos que resultaban contra él, sobre los cuales se habia guardado un generoso silencio durante su prosperidad, y se decretó su deposicion por el senado en el mes de abril de 1814.

Cuando el emperador Alejandro entró en Paris, tuvo maña Talleyrand para hacer que admitiese el alojamiento en su palacio de la calle de S. Florentino, y en él, en la habitacion misma de Mr. de Talleyrand se preparó la restauracion en la forma que todo el mundo ha visto. El fue quien determinó al emperador Alejandro á desechar todas las proposiciones hechas por la regencia de Maria Luisa y las leales diligencias del mariscal Macdonald. Para ello adoptó una máxima admirable que repetia á cada paso y era decir: *Los Borbones son un principio; todo lo demas no es mas que una intriga.*

Hasta la llegada de Luis XVIII estuvo Talleyrand al frente del gobierno provisional, y á fé que se cuentan cosas de aquel tiempo capaces de dar una idea horrible de su carácter, si fuesen ciertas, pero que no nos atrevemos á admitirlas porque no estamos convencidos de su autenticidad. Entre ellas figura en primera linea la mision de Mr. de Maubreil dirigida á apoderarse de los diamantes de la corona y de deshacerse de Napoleon con formas menos solemnes todavia que las que se habian empleado con el último Condé. Pero repetimos que todavia no ha adquirido este hecho la autoridad histórica.

Al llegar Luis XVIII á Paris nombró á Mr. de Talleyrand primer ministro con el despacho de negocios estrangeros y la direccion suprema de las negociaciones diplomáticas como prenda de la paz general, cuyas condiciones se arreglaron en el tratado de Viena. No puede negarse que en aquel congreso brilló extraordinariamente la superioridad de luces de Mr. de Talleyrand, pues á pesar de las desgracias y abatimientos en que habia caido la Francia tuvo el arte de colocarla en primera linea y casi de dominar las discusiones. El fue quien dictó la

restauracion de los Borbones de Nápoles y quien salvó á la Sajonia de una destruccion inminente. Mas no se apartó nunca de su imaginacion la idea inglesa y anti-rusa que era su principio dominante y que se echa tanto de ver en su interesante correspondencia desde Viena con Luis XVIII. En ella se ve un rasgo que pinta bien su carácter eminentemente diplomático, pues habiéndose servido para todo el negocio de la restauracion del gran ascendiente de Alejandro, lo primero que hizo fue escluir á su hermana para novia del duque de Berry, diciendo que los *Romanow no eran un partido decente para los Borbones*. No contento con esto hizo un tratado secreto en el mes de febrero 1815 con la Inglaterra y el Austria para impedir á la Rusia sus invasiones en la Polonia en que se preveia el caso de guerra y se fijaba el contingente que cada una de las tres potencias habia de aprontar. Luego que lo supo Alejandro se puso furioso y concibió un odio implacable contra el astuto diplomático. Entretanto desembarcaba Napoleon en el Golfo Juan, y su rápida marcha sobre Paris causó la mayor inquietud en el congreso de Viena; pero por lo mismo redobló Talleyrand sus esfuerzos pues se hallaba comprometida hasta su seguridad personal, como que Napoleon espidió contra él un decreto de proscripcion desde el dia en que llegó á Lyon. Mas él le hizo declarar por el congreso fuera de la ley y las potencias volvieron á armarse contra el imperio, cuyo desenlace vimos en Waterloo.

Mr. de Talleyrand volvió á Paris con la familia de los Borbones, pero ya no con la misma autoridad, porque habia sabido Luis XVIII que su plenipotenciario en Viena habia dado oidos á ciertas proposiciones que se le hicieron sobre la posibilidad de que la casa de Orleans subiese al trono en algun evento inesperado; y esto fue lo que determinó al rey á nombrar á Fouché ministro de policia para que vigilase á su colega de los negocios estrangeros, y esto por consejo de lord Wellington. Era pues visible la preponderancia del partido ingles, supuesto que los dos principales órganos del ministerio propen-



dian en favor de la alianza inglesa. Pero fueron tan duras las condiciones que exigian la Inglaterra, la Prusia y el Austria, que no tardó en conocer Luis XVIII, que el único que se interesaba sinceramente por su familia era el gabinete ruso. En consecuencia pasó éste á ser el preponderante en el ánimo de la corte, y la primera condicion que exigió Alejandro fue la exoneracion de ministro Talleyrand. Hizo este correr la voz de que se habia retirado espontáneamente por no firmar el tratado de Paris, pero esto era tan falso como su retirada con ocasion de la guerra de España en 1808. Mas la verdad es que hizo cuanto estuvo en su mano por ablandar al emperador Alejandro, hasta proponerle el ministerio del interior para el conde Pozzo di-Borgo; mas nunca pudo conseguir ser admitido á su presencia ni negociar con él. Despues de la retirada de Talleyrand suavizó el Czar sus condiciones y las hizo mejores que la Inglaterra y la Prusia. Luis XVIII se alegró mucho de verse libre de aquella especie de patrono que mas bien le obligaba que proponia la firma en todos los negocios estrangeros. Todo el partido realista se declaró entonces contra él y principió á ridiculizarle con caricaturas que siempre le representaban con la mitra y cayado, como para hacerle purgar su especie de apostasia. Sin embargo á instancias de Mr. de Richelieu le nombró el rey gran Sumiller de Francia con el sueldo de cien mil francos que disfrutó todo el tiempo de la restauracion. Iba puntualmente á Tullerias por pura etiqueta y desempeñaba su oficio con el mismo compás que la estatua del *convidado de piedra*, detras de la silla del rey. En la cámara de Pares adoptó el papel de una oposicion solemne aunque frecuentemente muda, porque solo habló en dos ocasiones. Una en 1825 donde cometió la torpeza de profetizar grandes derrotas al ejército frances que iba á intervenir en España, y la otra con ocasion de la ley electoral y de la libertad de imprenta, en que recordó las solemnes promesas hechas en Saint Ouen á que habia asistido él mismo. Pero donde verdaderamente hacia una guerra cruel á la corte

y á la dinastia era en su propia tertulia, donde acariaba y recibia las confidencias de todos los partidos. Allí es donde brillaba verdaderamente su talento, su gracia y su conocimiento del mundo que tanta fama le ha dado de agudeza y oportunidad.

Cuando ocurrió la revolucion de julio estaba muy irritado Talleyrand contra toda la rama primogénita á quien llamaba ingrata y olvidadiza y no puede dudarse que trabajó bastante para que le sucediese la actual dinastia, con tal que de ningun modo se entronizasen la república ni la anarquía. Por eso se encargó inmediatamente de negociar con todo el cuerpo diplomático y de hacerle entender que la paz de Europa se cifraba en la consolidacion del orden monárquico en Francia. Lo consiguió tan bien, que todos los pliegos de los embajadores fueron favorables al nuevo rey Luis Felipe, considerándole como una garantia del principio de orden europeo y como un medio para ir estinguendo poco á poco el espíritu revolucionario. No quiso admitir el ministerio de negocios estrangeros que hubiera sido una responsabilidad para él; pero sí la embajada de Londres, la mas importante y la mas difícil en aquellas circunstancias, porque de ella dependia la solucion de todas las negociaciones pendientes. Cuando Mr. de Talleyrand llegó á Londres estaba todavia en el ministerio el duque de Welington rodeado de los toris mas acalorados y no podia maniobrar á gusto el nuevo embajador en aquella situacion, porque sabia cuanto empeño tenian los toris en la conservacion de los tratados secretos de 1815. Así, todo su empeño se dirigió á derribar al duque de Welington; para lo cual renovó su antigua amistad con el conde de Grey y los whigs moderados como John Russel desplegando al mismo tiempo un lujo extraordinario. No tardaron aquellos en conseguir un triunfo completo con el nombramiento del ministerio Grey y entonces emprendió Talleyrand su gran proyecto de la alianza con la Inglaterra. Su posicion en Londres fue en aquella época muy semejante á la que habia tenido en Viena, esto es, que su



consideracion personal y el lustre de su nombre dominaron á todos los diplomáticos á punto de arrancarles concesiones que no fueron confirmadas por sus respectivos gabinetes. Pero en medio de tantos protocolos como exigieron las cuestiones de Grecia y sobre todo el negocio Holando-Belga, su resultado mas precioso y efectivo fue la conservacion de la paz, que tan profundamente se hallaba amenazada. A medida que los whigs iban afirmándose en el poder con el ministerio del lord Melbourne, caminaba con mas firmeza Mr. de Talleyrand á consolidar el gran proyecto de toda su vida que era la alianza íntima con la Inglaterra, y últimamente de concierto con el lord Palmerston concibió la idea del tratado de la cuádruple alianza, que aunque pudiera ser favorable para la cuestion de la sucesion española, es en nuestro concepto la negociacion que menos honor hace á la vasta inteligencia de Mr. de Talleyrand, considerado como representante de los intereses de la Francia. Es ya demasiado larga esta nota para que nos detengamos á indicar las razones así políticas como comerciales que demuestran el error de aquella combinacion, que fue el último acto de la vida diplomática del príncipe Talleyrand. Algun tiempo despues pidió su retiro y se volvió á Paris, viendo venir las dificultades de la situacion. Desde entonces acá no ha hecho mas que dejar escurrir la vida ya en la capital y ya en sus vastas posesiones, siendo frecuentemente consultado con veneracion por el nuevo gobierno en todas las ocasiones importantes. Hasta la edad de 84 años conservó intactas todas sus facultades mentales; pero desde ellos hasta su muerte ya puede decirse que no era mas que la sombra de sí mismo, sin poder dar un paso sino conducido en una silla de ruedas y derramando á cada instante lágrimas de dolor como un niño. Solia de vez en cuando despertarse aquella alma tan activa, pero eran como las llamaradas que preceden á la estincion de una lámpara. Se le ha echado en cara por muchos la incesante movilidad de sus opiniones, pero tenemos por injusta semejante reconvencion porque

como hombre público su idea dominante siempre fue la alianza inglesa, aunque como hombre privado su carácter esencial era el egoismo sin servir á tal ó cual gobierno ni á tal ó cual doctrina predilecta. No hizo traicion á Napoleon en el sentido riguroso de la palabra, sino que le abandonó á tiempo y lo mismo puede decirse de la restauracion, de quien se separó cuando ella misma quiso separarse. En una palabra pensaba primero en sí mismo y en su fortuna, y luego en el gobierno á quien servia. Mr. de Talleyrand se pintaba á sí mismo en las primeras palabras que dijo á los oficiales del ministerio de negocios estrangeros la primera vez que le nombraron ministro: « Señores les prohibo á Vms. formalmente dos cosas que son el celo y la predileccion absolutas, porque « esto compromete á las personas y á los negocios. » Su corazón era bastante seco y su imaginacion muy fría, juzgando á los partidos y á los hombres como un verdadero táctico, esto es, con cierta exactitud matemática. Ninguno ha tenido mas acierto para pintar una situacion con una sola sentencia y definir á un hombre con una sola palabra.

Últimamente una antigua enfermedad conocida con el nombre de *anthrax* ó cangrena blanca iba minando su existencia y le ocasionaba crueles dolores habiendo sido preciso sujetarse á una operacion peligrosa y apenas se concluyó principió laagonia. Habia ya largo tiempo que tenia sus conferencias con un piadoso eclesiástico de Paris con cuyos consejos habia redactado una retractacion con tanto esmero como si fuese una nota diplomática dirigida á la Iglesia. En ella pedia perdon de los escándalos que hubiese podido ocasionar y sobre todo de su participacion en la constitucion civil del clero, y se sometia de nuevo á la jurisdiccion del papa. A cada momento se daban y pedian avisos á Palacio del estado del enfermo y el rey mismo pasó á visitarle; y despues de haber recibido los santos sacramentos con bastante devocion y sobre todo con rigurosa etiqueta, dió el último suspiro á las cuatro de la tarde del 18 de mayo 1838 á los 84 años de su edad.